

## LA VIDA

De jóvenes no le damos el justo valor a las cosas, vivimos apresurados, con la urgencia diaria de querer tener todo al instante, como si la muerte nos fuera a sorprender de un minuto a otro. Y en ese vivir apurados nos vamos metiendo en un mundo lleno de palabras sin sentido muchas veces, de gritos, vacío de afectos, de abrazos, donde tenemos más dolores que alegrías.

Un día conocemos a la mujer o al hombre de nuestros sueños y comenzamos a darle otro sentido a la vida, estamos gustosos de ceder tiempos apurados por abrazos, juegos, tequieros, palabras que brotan del corazón. Y es en ese momento cuando comenzamos a sentir la necesidad de los hijos, de una vida en común, en familia, y nos lanzamos gustosos a la aventura del matrimonio y a la de ser padres sin mucho entendimiento de lo que todo ello traerá a nuestra vida.

Y con la llegada de los hijos vamos perdiendo un poco de nuestra libertad pero aceptamos que es una etapa, es un momento, aprendiendo día a día, porque no hay libros que nos enseñen cómo hacerlo, a prueba y error, y es ahí donde recurrimos a los consejos que te daba tu mamá, preparándonos para lo que algún día nos tocaría vivir. Enseñanzas que sólo nos dicen que nuestra madre tenía razón una vez que nos enfrentamos a la situación.

Y la casa se va llenando de gritos, de juegos, de amigos de tus hijos que vienen a merendar, a estudiar porque tienen un examen difícil y necesitan preparar la clase, y ya adolescentes a hacer "la previa" para salir luego a bailar.

Un día sin darte cuenta esos pequeños crecieron, se fueron de casa abriendo sus alas en busca de libertad, para vivir sus propias experiencias, y la casa queda vacía, llena de recuerdos, y uno se reencuentra con ese ser, tu hombre o la mujer de tus sueños, con más años, más cansados, pero igual de compañeros, ese o esa que transitó con uno la vida, o quizá no, porque a veces suceden cosas que sin saberlo muy bien, te tocan hacer sola, y entonces la tarea se vuelve un poco más pesada, pero no deja de ser placentera, sólo cuesta un poco más, pero no es imposible; y es en esos casos donde la ida de los pequeños te deja sumida en un silencio mortal.

Y otra vez hay que aprender a retomar tus tiempos, tus gustos, tu tranquilidad, tus momentos. Reeducar toda una vida de ruidos en silencios y aprender a disfrutarlos, y por qué no a amarlos.

Una vida de recuerdos, abrazos que se multiplicarán cuando esos hijos encuentren a su hombre o su mujer y con ellos lleguen los nietos, todo vuelve otra vez, unas ramas se secan y otras florecen. Así es la vida; una continuidad tras otra de cosas bellas.

Y con los nietos volverán los paseos a la plaza, los juegos, las risas, los cuentos antes de dormir, los primeros pasos, el primer diente, la escuela, etcétera, etcétera, etcétera, pero esta vez la vivencia será más pura porque uno está más tranquilo, ya no tiene esa pesada responsabilidad de criarlos y educarlos, para ello están los

padres, sólo estamos para malcriarlos, abrazarlos fuerte y recibir todo el amor que nuestro cansado cuerpo pueda absorber.

Ya no tengo prisa, no me urge llegar a ningún lado especial. Busco disfrutar cada camino, cada minuto, todo. Es que cuando se llega a una determinada edad y comenzamos a mirar el camino transitado, lo vivido, con sus aciertos y no tanto, y lo dejado por vivir, lo que pudimos y lo que no pudimos hacer, a veces por ignorancia, otras por olvidos, nos damos cuenta de que en realidad la vida era más simple. Sólo se trataba de tener paciencia, calmar las ansiedades, los miedos y tener fe y esperanza que lo que tuviera que ser, sea.